

LUIS DAVILA



EL OLIMPISMO: UNA RELIGION ENFERMA

No debió haber demasiada diferencia entre el ¡Oh, la, la!, que pronunció Hércules Poirot ante las primeras muchachas nadadoras que vió en las playas de Brighton y el que pronunciara hace ya cien años Pierre de Coubertin, cuando descubrió en los colegios ingleses el embrión del deporte organizado. Coubertin ya tenía entonces un prestigio como reformador pedagógico y aquel viaje a Inglaterra no

hizo más que confirmarle en sus suposiciones de desfase entre la educación británica y la continental. Coubertin consideraba que los planes de estudio, derivados de la ya anciana conformación y sucesivas reformas del *trivium* y el *cuadrivium*, no tenían relación adecuada con la plenitud ascendente de la era del industrialismo. El hombre, cada vez más alejado de la Naturaleza, cercado por el marco

de la ciudad, recibía unos conocimientos que en realidad sólo le servían, en el mejor de los casos, para las inmediatas exigencias de la lucha por la vida.

Coubertin era un pedagogo y un aristócrata y como tal y cual tenía las condiciones básicas óptimas para buscar una fórmula de «revolución desde arriba». Aspiraba, al igual que el común denominador del «espíritu» de su siglo,

a una gran, ambigua «conciliación universal», por encima de los odios de clase o raza. La búsqueda de un «final feliz» para las tensiones del industrialismo, un final sin vencedores ni vencidos, pasaba, según Coubertin, por una reordenación de la educación y un creciente papel de la educación física en la formación de la juventud. Este culto a la formación física lo halló Coubertin en los colegios aristocráti-

cos ingleses (indudablemente, Coubertin pasó por Inglaterra sin mirar los escaparates de las librerías donde se vendía la obra de Dickens) y volvió a Francia con sus tesis confirmadas.

Coubertin aboga a partir de entonces por una transformación de la pedagogía internacional. Esta pedagogía debía tener en cuenta cuatro hechos nuevos: 1.º El progreso del confort. 2.º La especialización. 3.º El recrudescimiento del nacionalismo. 4.º El triunfo de la democracia. Cada uno de estos hechos requería una réplica equilibradora: 1.º La práctica de los deportes. 2.º Una vista panorámica de todos los conocimientos, lo que él llamaba «la aviación intelectual». 3.º La enseñanza de la Historia, que diera un sentido a «lo universal». 4.º Una cultura accesible a todos.

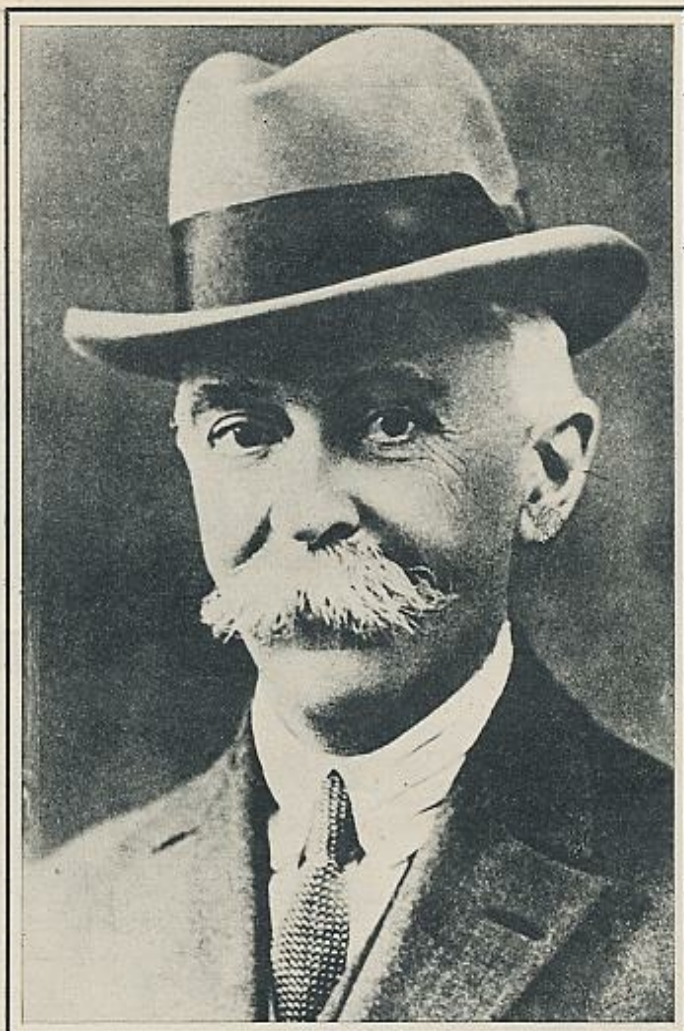
Con este bagaje de presupuestos decidió casi una Ley Universal de Enseñanza General Básica. Propuso dividir la enseñanza en diez nociones:

A. Cuatro nociones que delimitan la existencia misma del individuo (Astronomía, Geología, Historia, Biología).

B. Tres nociones de las que depende su desarrollo mental y moral (Matemáticas, Estética, Filosofía).

C. Tres nociones que dominan su vida social (Economía, Legislación, Etnología y Lingüística).

Los planes totales de Coubertin nunca se llevaron a la práctica. Pero en cambio, sí encontró algunas facilidades para extender la curiosidad pública sobre la educación física. En 1888 aceptó la presidencia del Comité para la propagación de los ejercicios físicos en la educación. Inmediatamente esta cruzada fue apoyada por políticos, intelectuales y científicos. Tres botones de muestra: Clemenceau, Dumas y Pasteur. Cuatro años después, en 1892, Coubertin habló por primera vez de la convocatoria de unos Juegos Olímpicos Modernos. Siempre en busca de sus objetivos finales de una educación total, veía en los Juegos Olímpicos una magnífica plataforma para su presupuesto. Serían como un intento ideal de recuperar el culto antiguo a la formación del cuerpo y el alma, y de crear un instrumento de competición internacional incruenta, por encima de las barreras raciales y políticas. Coubertin concibió los Modernos Juegos Olímpicos como unas perfectas celebraciones religiosas en las que la antorcha com-



Pierre de Coubertin, mezcla de aristócrata y pedagogo, a quien se debe la reanudación de los Juegos Olímpicos en su moderna versión.

petitiva de la victoria ante las divinidades del Olimpo, pasaba a desviar el sentido que lo competitivo había adquirido en el seno de la organización capitalista de la vida. La religión de Coubertin era la de la Paz. Y su Paz era una idea. Un distante punto de referencia. Absoluto. Le separaban de Platón casi veinticinco siglos de reconciliación progresiva del hombre con la realidad. Pero tenían en común una cierta conciencia de dioses exiliados del Absoluto.

Teoría del valor de lo gratuito

Coubertin, como casi todos los pedagogos finiseculares, era un fanático. Obtuvo un coro europeo y americano de higienistas, socialistas que pese a Marx seguían siendo utópicos, progresistas, indeterminados, aristócratas, pesimistas sobre la degeneración de la especie y señores desocupados dispuestos a iniciarse en la nueva beneficencia del músculo. Ese coro inicial era un coro bien intencionado. Inicialmente, la batalla por el deporte tiene un 75 por 100 de ingredientes «humanistas» positivos, y sólo un 25 por 100 de ganas de elegir compromisos históricos bonitos y

cómodos. Se postulaba el deporte indiscriminado como medio de perfección física y la superación del record y la victoria, como estímulo espiritual para una actividad gratuita.

El amateurismo era, pues, ya inicialmente, condición indispensable. Un deportista, en la era industrial, no debía ser un especialista en su propio cuerpo y sacar provecho material a una posible nueva categoría laboral. La Amateur Athletic Association había creado, en 1866, una definición de «amateur»: «Es «amateur» todo aquel «gentleman» que no haya participado nunca en una prueba atlética pública abierta, accesible a todos o por el dinero procedente de las entradas al terreno o ventajas similares; que no haya sido nunca, en ningún momento de su vida, profesor o monitor de ejercicios de este género como medio de vida y que no sea obrero, artesano o jornalero». Coubertin se rebeló contra el clasicismo de esta definición. Era un «populista» convencido, cargado de contradicciones, pero firmemente dispuesto a iluminar el camino de las masas obreras mediante toda clase de cultura. No en balde escribió una «Historia Universal» pensada y supeditada, en función de

un público lector eminentemente proletario. Coubertin reformó, pues, la relación amateur-gentleman y concibió los Juegos Olímpicos como un acontecimiento superador de la barrera entre las clases.

No fue fácil el camino hacia las primeras Olimpiadas de Atenas de 1896. El espíritu burlón de los conservadores llegó a plantear la cuestión de si las señoras podrían entrar en el estadio... «... pues de todos es sabido que los atletas olímpicos de la Grecia clásica iban desnudos». Los Estados Unidos, por entonces el país más joven del mundo, se solidarizaron casi unánimemente con los proyectos de Coubertin. Pero los Estados Unidos jugaban entonces el papel de excéntricos de la Historia y su aval no fue, ni mucho menos, determinante. Coubertin convocó un Congreso Internacional para reglamentar el problema del amateurismo. Se celebró en París en 1894, en el anfiteatro de la Sorbona, sobre un programa de ocho puntos fundamentales que hoy pueden hacer sonreír a casi todos los políticos y practicantes del deporte como especialidad:

1.º Definición del aficionado: bases de esta definición. Posibilidad y utilidad de una definición internacional.

2.º Suspensión, descalificación y recalificación. Hechos que las motivan y medios para verificarlas.

3.º ¿Es justo mantener una distinción entre los diferentes deportes, desde el punto de vista aficionado, especialmente para las carreras de caballos («gentleman») y el tiro de pichón? ¿Se puede ser profesional en un deporte y aficionado en otro?

4.º Sobre el valor de los objetos de arte donados como premios. ¿Es necesario limitar ese valor? ¿Qué medidas deben tomarse contra el que vende el objeto de arte ganado por él?

5.º Legitimidad de ingresos procedentes del taquillaje. Este dinero, ¿puede ser repartido entre las entidades o entre los participantes? ¿Puede servir de indemnización para desplazamientos? ¿Hasta qué punto pueden indemnizarse a los participantes, ya sea por la entidad contraria o por su propia entidad?

6.º La definición general de aficionado, ¿puede aplicarse igualmente a todos los deportes? ¿Origina restricciones especiales en lo que concierne al ciclismo, remo, deportes atléticos, etcétera?

7.º Las apuestas. ¿Son compati-

OLIMPISMO

bles con el amateurismo? Medios para atajar su desarrollo.

8.º Sobre la posibilidad de restablecer los Juegos Olímpicos. ¿En qué condiciones podrían reanudarse?

Del Congreso se salió con el compromiso de los Juegos Olímpicos en Atenas en 1896, y si no fueran posibles, en París en 1900, coincidiendo con la Exposición Internacional. No faltaron respuestas airadas a la convocatoria. La Federación Belga de Gimnasia se anticipó al casticismo de que «no hay que confundir la gimnasia con la magnesia» y replicó a Coubertin que no hay que confundir la gimnasia con el deporte. La Unión Nacional de Sociedades de Tiro de Francia se burló de su pretensión de cobijar el tiro dentro de la variada gama deportiva. El tiro era un arte selecto y no podía situarse al nivel de los deportes gozados por la chusma.

Pero Coubertin se salió con la suya. Pese al poco dinero de los griegos, pese a las dificultades de acceso, pese al déficit casi total de instalaciones, los Juegos Olímpicos renacieron en Atenas, apoyados por el fervor helenístico de la intelectualidad alemana y francesa y por el fervor deportivo de ingleses y norteamericanos. Trece naciones, cuarenta y dos pruebas, nueve deportes y un estadio nuevo, réplica exacta del estadio de Delfos, al servicio de doscientos ochenta y cinco amateurs, colaboraron en aquel ensayo general de ecumenismo supranacional, supraracial, supraracista. Y para que nada faltara en el apoteosis del sueño de Coubertin, un atleta griego, un cartero de oficio, vencía en la prueba cumbre del marathon: Spiridon Luis.

Horas después del triunfo de Spiridon Luis, la teoría coubertiniana del valor de lo gratuito empezó a entrar en crisis. Ante Luis se abrieron más cuevas que ante Alí Babá: joyas, comidas gratuitas para el resto de su vida, señoras de buen ver, todas las oportunidades laborales que le vinieran en gana. Curiosamente, el valor de triunfar en el acto gratuito de poner una y otra vez un pie delante del otro, dejaba de ser estrictamente espiritual.

Nuevas violaciones

El éxito, más emocional que deportivo, de los Juegos Olímpicos de Atenas, creó las condiciones



A los celebrados en 1948 en un Londres deteriorado por las bombas, sucedieron unos austeros Juegos Olímpicos de Helsinki, después de Melbourne y a continuación Roma, Tokio, México... Al frente de la política olímpica se situaba aquel que fue joven directivo, precoz y «apolítico», llamado Avery Brundage.



El norteamericano Jesse Owens fue la gran figura de los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín el año 1936.

sentimentales propias para la convocatoria de París en 1900. Allí fueron ya más de 1.000 atletas y seis de ellos, mujeres. Aquellos juegos pasarán a la Historia como los peor desorganizados: duraron seis meses. En los Juegos de 1904, a celebrar en St. Louis, coincidiendo con la Exposición Internacional, se dieron casos de amateurismo marrón y algo más grave: los americanos montaron unos Juegos Olímpicos bis (**Anthropological Days**) destinados a negros, indios, filipinos, chinos, turcos, sirios, es decir, a todas las razas que no resistían la homologación de «blanca». Colosalistas incipientes, los americanos llegaron a proclamar hasta 390 vencedores olímpicos, pero el Comité sólo reconoció a 102. Lo más pintoresco de los Juegos fue la artimaña del americano Lordz que corrió parte de la prueba de marathon en... automóvil. Naturalmente, llegó el primero y la niña Roosevelt (de Theodor), ya le esperaba con la coronita de laurel y el fotógrafo.

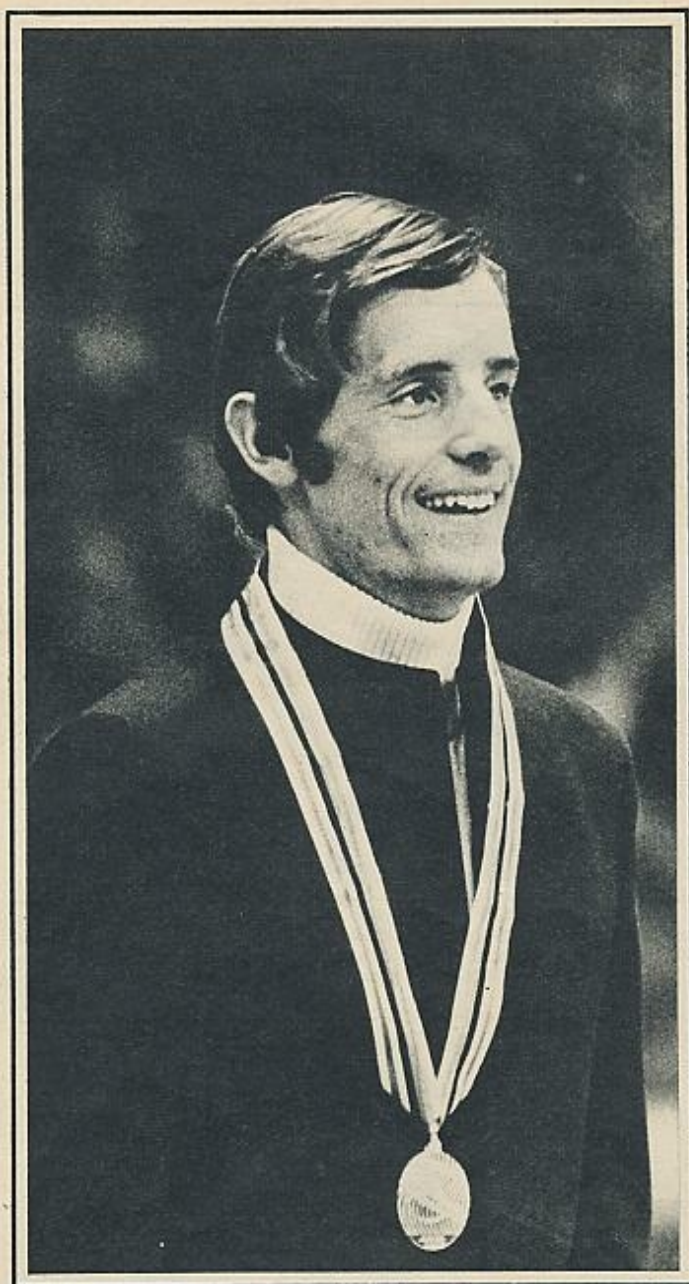
Afortunadamente, Coubertin era un purista y la treta de Lordz fue desenmascarada. Coubertin demostró en aquel avatar un corazón de hierro, a prueba de colapso, e incluso auténticas cualidades diplomáticas. Así, años después, escribiría a propósito de la carnavalada de los «Anthropological Days»: «En ningún país del mundo, excepto en América, habríanse atrevido a incluir tales cosas en el programa de unos juegos, pero a los "yankis" todo se les puede tolerar y su juvenil exuberancia habría obtenido incluso la indulgencia de los antiguos griegos si, por un azar, hubiesen estado presentes entre los divertidos espectadores de Saint Louis». Coubertin acertaba. El deporte entre los griegos había sido cosa casi exclusiva de los señoritos.

Hay que contar, aunque nuestro tibio y sentimental corazón se encoja, que en la vida del propio Coubertin hay una importante violación olímpica. El programador de unos Juegos que hicieran posible la solidaridad universal e imposible la guerra, tomó partido en el transcurso de la primera guerra mundial. A pesar de sus vejez, Coubertin se prestó a desempeñar el papel de propagandista al servicio del Gobierno francés. Coubertin, sin embargo, tuvo una reacción honesta: dimitió de su puesto de presidente del Comité Olímpico Internacional, porque entendía que su compromiso bélico patriótico, le descalificaba moralmente para seguir siendo la cabe-

za visible de la religión olímpica.

Fue bastante más honesta su actitud que la de algunos de los líderes de la Segunda Internacional, que en cuanto vieron ondear la bandera patria y sonar el himno nacional, se olvidaron del pacifismo como instrumento antilimpialista, como instrumento de lucha de clases, y justificaron su nacionalismo repentino con los mismos argumentos hasta entonces utilizados para justificar la tesis contraria. Coubertin dimitió; no puede decirse lo mismo de los herederos de Jaurés o de las dirigidas de la socialdemocracia alemana, que no sólo apoyaron objetivamente al Kaiser y sus junkers prusianos, sino que en cierta manera heredaron un poder político que les sirvió para exterminar a correligionarios más consecuentes: Rosa Luxemburgo o Wilhelm Liebknecht.

Ahora bien. La dimisión de Coubertin tuvo un mucho de efectismo ético-estético. De hecho, su sombra protectora siguió orientando el olimpismo hasta los años treinta, prácticamente hasta su muerte. Pero su acción «formal» sirvió para atenuar algo la crispación olímpica paralela a la crispación política que siguió a la primera guerra mundial. Alemania, nación políticamente vencida, también fue considerada «olímpicamente» vencida. La cuestión es que le fue prohibida la participación en la Olimpiada de Amberes de 1920. Para la reanudación de la liturgia olímpica, Coubertin tenía preparadas algunas novedades: el juramento olímpico y la bandera olímpica. La bandera, cinco anillos de colores, mereció una poética interpretación por parte del entrañable barón: «Estos cinco anillos: azul, amarillo, verde, rojo y negro, representan las cinco partes del mundo unidas en adelante al olimpismo y prestas a aceptar las fecundas rivalidades. Además, los seis colores (comprendido el fondo blanco) y combinados, representan los de todas las naciones sin excepción. El azul y amarillo, de Suecia; el azul y blanco, de Grecia; los tricolores, francés, inglés, americano, alemán, belga, italiano y húngaro; el amarillo y rojo, de España, se acercan a las innovaciones brasileña o australiana, con el viejo Japón y la joven China. He aquí verdaderamente, un emblema internacional».



Jean-Claude Killy, el gran esquiador francés, ganador de tres medallas de oro en la última Olimpiada de Invierno de Grenoble. La acusación de que había recibido una supuesta suma de dinero, por parte de una firma italiana de jerseys y de una revista francesa, a cambio de la exclusiva de sus fotografías, constituyó el «affaire Killy», que llegó a poner en entredicho la pureza del olimpismo.

Simbólicamente se guardaron en Amberes los primeros minutos de silencio en memoria de los deportistas caídos en la primera guerra mundial, de aquellos atletas que habían demostrado con su muerte los irremediables límites utópicos de la religión olímpica, de la Ley Universal de Educación General Básica de Coubertin. Dos mil palomas, símbolo de la paz, cruzaban el espacio cuando la multitud en la catedral de Amberes entonaba el «De Profundis».

Hacia el gran carnaval Nazi

En 1924 los Juegos de París. Esta vez fueron bastante en serio

delicias de la ocupación alemana, estaban quejosos por la exclusión de Alemania en anteriores competiciones olímpicas. Se rodeó al acontecimiento de una atmósfera hostil que culminó en las hazañas del bedel del estadio de Amsterdam. Un bedel germanófilo se negó sistemáticamente a que los atletas no alemanes se entrenaran en las instalaciones olímpicas. De nada valieron amenazas de las autoridades olímpicas. Sólo pareció eficaz el método empleado por la delegación norteamericana, encabezada por el futuramente célebre general McArthur. Al «Gran Bombardeador» se le hincharon las narices por el desplante del bedel y embistió con el autocar contra las puertas del estadio. No quedaron puertas y casi, casi, no quedó portero.

Sin inmutarse, los dirigentes olímpicos, encabezados físicamente por el conde de Baillet-Latour y espiritualmente todavía por Coubertin, prosiguieron en su tenaz difusión del olimpismo. Ya por entonces una cosa era la teoría olímpica y otra la práctica. El amateurismo marrón progresaba por doquier y el deportista con dedicación exclusiva ya era o un profesional encubierto, o un dilettante dotado de bienes de fortuna o un funcionario al servicio del «public relations» del Estado. Pero Coubertin seguía fiel a sus primeras formulaciones: «En el mundo moderno, lleno de poderosas posibilidades, que amenazan al propio tiempo con peligrosas decadencias, el olimpismo puede constituir una escuela de nobleza e integridad morales y, asimismo, de fuerza y energía físicas; pero ello será a condición de que elevéis sin cesar vuestro concepto del honor y del desinterés deportivo a la altura de vuestro impulso muscular. El porvenir depende de vosotros». Escribía a los deportistas del mundo en 1927, desde Olimpia, la ciudad mítica. El C. O. I. (Comité Olímpico Internacional) seguía sancionando los casos más escandalosos de falso amateurismo, pero ya era entonces incapaz o impotente ante la radical mistificación del hecho deportivo. Podía proscribir a tal o cual deporte de la Olimpiada por su masivo y universal carácter profesional, pero nada podía hacer frente a la progresiva instrumenta-

OLIMPISMO



Conchita Puig, Aurelio García y Paco Fernández Ochoa, que representan a España en los Juegos Olímpicos de Invierno, de Sapporo.



La escalera gigante que daba acceso al emplazamiento de la llama olímpica en los Juegos de Invierno de 1968, en Grenoble.

lización política y racial del deporte, frente al deporte utilizado como instrumento de emancipación social, no de promoción física y espiritual de toda la Humanidad. Las elucubraciones de la religión olímpica habían partido de bases insuficientes. Habían partido del idealismo cultural, del idealismo humanista y no habían tenido en cuenta las condiciones materiales de la Historia, de los intereses y su conciencia.

No obstante, los capitanes olímpicos casi siempre han sido los últimos en abandonar el barco. Encajaban perfectamente que uno de los héroes olímpicos, Weissmuller, se convirtiera en el erótico y racista «Tarzán de los monos», pero en cambio, supieron mantener la dignidad idealista en más de una ocasión. Quizá nadie como el conde de Baillet-Latour. En 1932 se había acordado conceder la organización de los Juegos de 1936 a la Alemania de la República de Weimar. Pero en 1936, quien organizaba los juegos era la Alemania nazi. Estuvieron a punto de quitarle el derecho de organización, de no mediar la argumentación «apolítica» de uno de los más jóvenes y activos miembros del C. O. I.: el americano Avery Brundage.

Hitler había preparado un impresionante, colosal escenario olímpico, a la mayor gloria de la raza aria que iba a confirmar su hegemonía en Berlín. Tan obsesionante fue la orquestación hitleriana, que Baillet-Latour sacó el genio y escribió a Hitler nada menos que lo siguiente: «Ruego consideréis que sois aquí, en los Juegos Olímpicos, un huésped y no un organizador. El organizador es el Comité Olímpico Internacional, que velará para que estos Juegos se desarrollen sin propaganda política y según sus principios fundamentales. Os ruego, por otra parte, os déis por enterado de que con ocasión de los Juegos no deberéis pronunciar más que una frase en el momento de la solemne apertura». Hitler tuvo uno de sus más importantes ataques de furia, pero no tuvo más remedio que contenerse. A pesar de lo cual no faltaron abundantes maneras de glorificación de su régimen y su raza en el transcurso de los Juegos. Por suerte, junto a las agallas de Baillet-Latour, figuró la gesta del negro Jesse Owens, impertinente gran figura de los jue-

OLIMPISMO

gos a pesar de su color. Coubertin había escrito su último texto dirigido a los 4.069 atletas que reunieron los Juegos de Berlín: «Pedid en mi nombre a la juventud reunida en Berlín, que acepte la herencia de mi trabajo y que acabe lo que yo he comenzado, lo que la rutina y la pedantería del ambiente me han impedido llevar hasta el fin, con la intención de que sea sellada definitivamente la unión de los músculos y del pensamiento para el progreso y la dignidad humana». Murió Coubertin el 14 de febrero de 1937, con el fondo de la guerra civil española y los preparativos de los Juegos de 1940 a celebrar en Tokio. Naturalmente, no se celebraron. Las guerras de redivisión o de apuntalamiento seguían siendo más determinantes que la religión olímpica.

De Coubertin a Flash Gordon, pasando por Walt Disney

No sé si sería más importante el censo de los atletas olímpicos que murieron en la segunda guerra mundial o el campo de los atletas olímpicos que destruyeron, torturaron, mataron en la segunda guerra mundial. La entelequia humanista del olimpismo había vuelto a quedar destruida entre las ruinas de medio mundo. Toda la leyenda del deporte como forjador de un espíritu de *fair-play*, habría de revisarla a la luz del polimorfismo del comportamiento humana, de la capacidad de adaptación de la conciencia y el comportamiento, a condicionantes de distinta graduación. Y entre los condicionantes de distinta graduación que aparecieron ante los promotores y combatientes de la segunda guerra mundial, los que pudieron derivarse de la moral olímpica brillaron, o por su ausencia o por su ineficacia. Se revelaba entonces el verdadero carácter de Feria de las Vanidades Atléticas en que se había convertido los Juegos Olímpicos; Feria de las Vanidades Nacionales y Personales.

La reanudación en 1948, en un austero Londres, mellado y debilitado por las bombas y el racionamiento, sirvió nuevamente para poner en marcha la insuficiencia de los propósitos humanitaristas, la

alquimia de la **solidaridad entre los hombres por encima de...** etcétera. Los Juegos Olímpicos penetraban en una etapa moderna, al parecer bajo el signo de la austeridad condicionada por la posguerra. Pero pronto el dinero americano ayudó a que Occidente recuperara la alegría, si no la de vivir, sí la de consumir. A los de Londres sucedieron unos austeros Juegos Olímpicos de Helsinki, después Melbourne y, a continuación, Roma, Tokio, México... Al frente de la política olímpica se situaba aquel que fue joven directivo precoz y «apolítico» llamado Avery Brundage. Indudablemente, los Juegos Olímpicos se han americanizado. El primer síntoma fueron los Juegos de Invierno de Squaw Valley, verdadera empresa turística-deportiva, financiada por un promotor particular, con la apoyatura de la Administración Eisenhower y del Gobierno del Estado de Nevada. Walt Disney fue el organizador de la «plasticidad» de los Juegos, amables como una trama de «La dama y el vagabundo» o de «Los aristogatos». Como un personaje más de Disney, tal vez el mayor domo de los Aristogatos, el entonces vicepresidente Nixon representó al Presidente Eisenhower en la sesión inaugural.

Los Juegos Olímpicos marcaron, en los años cincuenta, una de las cotas en disputa de la guerra fría. Más importante que la buena organización o la altura deportiva, pasó a ser el balance de medallas conseguidas por USA o por la Unión Soviética. Los presupuestos estatales de una y otra nación se volcaban en la formación de deportistas con casi tanto encono como en la carrera armamentista. Al fin y al cabo un deportista era un comando pacífico cargado de propaganda. La teoría olímpica seguía siendo la de Coubertin. La realidad olímpica seguía siendo la manipulación. No hay que negar el papel que han cumplido los Juegos como activadores de una conciencia deportiva mundial, incluso como instrumentos experimentales de la superación física del hombre. Escalada de records, es decir, de superación de limitaciones humanas, los Juegos Olímpicos ya aparecerían cargados de positividad, aunque sólo fuera por eso. Pero lo que vivía en situación, no ya de naufragio, sino de recuperación de cadáver a cargo de patrullas coste-

ras, era el cuerpo doctrinal beneficiario de aquellos ingenuos pedagogos e higienistas finiseculares.

Durante los Juegos Olímpicos de Invierno de Cortina d'Ampezzo (1960), Avery Brundage se mostró más escandalizado por el amateurismo marrón de algunos esquiadores, de lo que solía mostrarse sobre la política de *apartheid* aplicada por la Unión Sudafricana a los deportistas negros. Brundage amenazó con descalificar al olimpismo de invierno, si los esquiadores proseguían su carrera de hombres-anuncios de Industrias de material deportivo. En cambio no se molestó demasiado ante la superproducción Cecil B. De Mille que fueron los Juegos Olímpicos de Roma. Nunca mejor calificados, porque en aquella ocasión el programador de la escenografía «colosal» fue un lugarteniente del gran De Mille.

La agria polémica entre Brundage y los esquiadores se ha mantenido a lo largo de estos últimos años. Primero Tony Sailer, el gran superdotado, vivió una corta etapa de «mañonismo» bajo las amenazas del C. O. I., para, finalmente terminar en una corta etapa de actor de cine-esquiador. Después, en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1964 y 1968, los franceses volvieron a escandalizar con sus «chándals» publicitarios. Brundage lanzó un ultimátum que se ha sostenido hasta ahora, hasta el borde de los Juegos Olímpicos de Invierno de Sapporo. Se le habían puesto bien las cosas últimamente porque los esquiadores más amenazados han padecido últimamente extraños accidentes: la rotura de una pierna se ha puesto a la orden del día, tal vez por un meritorio favor ultraterrenal que el bueno de Coubertin quiere hacer a sus herederos. Sólo quedaban como auténticos problemas el supercampeón francés Augier y el gran campeón austriaco Schwartz. El veterano esquiador austriaco ha decidido no participar y a cambio su Federación le aumenta el sueldo y le nombra entrenador nacional. Una solución muy olímpica.

Pero los franceses no se resignaron. Según parece, el presidente de la Federación Francesa de Esquí, el que ha amenazado a Brundage, estaba a punto de terminar su mandato y precisa bazas publicitarias para su reelección. Una posición también extremadamente

olímpica. Brundage se revela ante el mundo como un bien conservado anciano coloso que defiende la virginidad del olimpismo. Difícil postura la de defender la virginidad de quien ha escogido hace tiempo perderla. Difícil y generalmente desairada.

El cuerpo del coloso Brundage tal vez impida que se introduzcan esquiadores impíos en el gran templo olímpico. Pero bajo las piernas, bajo los sobacos, sobre los hombros, por todos los huecos que quedan entre coloso y columnas, se le han metido muchachos que van a los Juegos Olímpicos porque quieren ser no mejores que ayer, sino más que los demás. Triunfar proporciona poder, un poder carismático que después puede invertirse. Y también por esos tremendos huecos se le ha metido Flash Gordon, que ha llevado los Juegos Olímpicos a la dimensión de los satélites artificiales, de las grandes cadenas de televisión, de los avisados anunciantes que harán su agosto con la liturgia olímpica de Sapporo y Munich.

El trabajo, los mass media, el laberinto urbano, la catarsis del espectáculo ha apartado a las masas del deporte activo. Pero, afortunadamente, no tienen tiempo de darse cuenta. Otros lo practican; en ellos han depositado toda su confianza. Cada cuatro años: Juegos Olímpicos. Cada cuatro años: Campeonatos del Mundo de Fútbol. Ya hay algo de qué hablar, algo que merece dedicación, atención, pronunciamiento, elección mitológica.

¿Qué ha quedado de aquella iglesia, de aquella religión fundada por Coubertin?

Tal vez haya quedado una ilusión fugaz, no del todo olvidada. Pero, sobre todo, ha quedado una necesidad aplazada que algún día precisará una urgente satisfacción. Los higienistas vuelven a la carga. O el hombre hace deporte o acabará físicamente arruinado por la insalubridad de la organización vital que le condiciona. El deporte como reivindicación de masas. He aquí la única posible derivación de aquella iniciativa iluminada del bien intencionado barón.

Pero para que esto se consiga ¡han de pasar tantas cosas! Cosas que casi nada tienen que ver con la Ley Universal de Educación General Básica de Pierre de Coubertin. ■ L. D.